

EL OJO CRÍTICO



José
Lois
Estévez

Los trabajos del Euro. *Por José Lois Estévez*

Nadie puede dudar que la Física sea la Ciencia empírica más avanzada. Tampoco, que la Economía, aunque figure probablemente como la primera entre las Ciencias sociales, guarde con aquélla tanta distancia como para ser expresada en años-luz. Me he preguntado a menudo a qué se debe semejante retraso. Por que si las Ciencias sociales implican al hombre, sus respuestas a problemas de los que ya se tienen conocimientos previos, debieran encontrar más fácilmente soluciones globales a sus cuestionamientos teóricos.

En el Universo, en cambio, todo nos es extraño y desconcertante. Juntas nuestra propensión a los promedios y un tenaz antropocentrismo, al enfrentar allí lo inmensamente grande y lo abrumadoramente pequeño, hay que rechazar a priori toda tentativa de comensurabilidad.

He intentado más de una vez explicar de algún modo por qué Ciencias sociales tan antiguas como la Política o el Derecho no pueden competir con las Ciencias naturales. Quizá la razón principal consista en la variabilidad inherente a nuestras mediciones monetarias. La Física cuenta con unidades de medida cuya característica principal es ser, en principio, invariables y de naturaleza idéntica a lo medido. Para medir longitudes, el físico emplea longitudes determinadas. Para medir pesos, adopta una unidad de peso. Para medir tiempos, tomalo que, por su propia esencia, ya es un fragmento acotado de tiempo.

Recordemos el sistema llamado cegesimal. Sus unidades son: en longitud, el centímetro; en peso (o masa) el gramo; en tiempo, el segundo. Es inútil decir que el centímetro es, en sí mismo, una longitud persistente, como el gramo un peso estable, o el segundo, una fracción consabida de tiempo.

Medir era comparar la unidad con la cantidad, para saber cuántas veces contenía o estaba contenida en ella. Obtenemos múltiplos o divisores de la cosa medida: relaciones matemáticas.

El Euro, nuestra moneda “europea” –como, más en general, el dinero– quiere ser la unidad de medida de los valores económicos. Además, encada Estado de la Unión que lo adopte, habrá de ser medio legal de pago para el cumplimiento normal de las obligaciones y tributos. Habrá de ser también unidad de cuenta y un substitutivo universal para evitar el trueque directo de mercancías. Esto quiere decir que adquiriremos por su medio cualquier clase de bienes, por que nos indicará, con sus múltiplos o divisores, el precio que reciban las cosas.

En sí mismo; es decir, por su naturaleza, el euro no es nada con valor intrínseco. Valdría cero si los respectivos Estados, mediante decisiones políticas, no le atribuyeran el papel de unidad monetaria. Pero en virtud de una convención, que será después, un acto de poder, suplantará en cada país, en ciertas condiciones de paridad, su anterior moneda. Funcionará, pues, como su obligado vicario. Si Vds. quieren la “heredará”. Como el “heredero” sucede al muerto en todos sus derechos y obligaciones, así el Euro se pondrá en cada país en el lugar de su propia moneda y hará sus veces.

¿Será, como pretende, moneda única europea? Sabemos que todavía no; pero es obligado deducir que después tampoco. ¿Porqué? ¡Por la sencilla razón de que el valor del Euro será proteico.

Diferirá de país a país, como una auténtica variable lógico-matemática. Lo utilizaremos en cualquier lugar—y en este sentido será único—; pero, al pasar de aquí allí, su valor ya no será el mismo. Habrá siempre que conocer por experiencia su efectivo poder de compra; al cruzar invisibles fronteras, tendremos que averiguar en concreto con qué nivel de vida nos encontraremos. Por familiarización, conocemos el nuestro; nunca el suyo. Recordemos que cuando Alicia, en el País de las Maravillas, probó el contenido de aquella botellita con el letrero “bébeme”, se dijo: “¿Qué sensación más rara? Debo estar a cortándome como un telescopio”. Cuando después se vio ante la palabra “Cómeme”, tuvo que pensar: “Ahora esto ya largándome como el mayor telescopio que ha existido”.

Bien; nosotros no encontraremos botellitas ni pasteles mágicos en nuestros viajes por Europa. Mas cuantas veces crucemos las inexistentes fronteras, sin cambios monetarios que nos sirvan de advertencia, sólo la experiencia podrá decirnos si tendremos que experimentar dilataciones o contracciones en nuestros euros. Y es que únicamente el producto nacional neto, propio de aquel país, manifestará de hecho a qué nivel de precios nos enfrentamos, necesariamente diferente al nuestro.

Pues para el poder adquisitivo de una moneda no valdrán ni en salmos mágicos ni decisiones políticas. El valor del dinero no lo puede fijar, con su inveterado voluntarismo, cualquier gobierno. ¡Que más quisiera! Lo condicionan muchas cosas: ¿Cómo está organizada la educación en él? ¿Cómo el trabajo? ¿Qué coeficientes de disipación persisten en su economía? ¿Cuáles son allí los índices de desempleo?

Todas estas preguntas, careciendo de respuesta uniforme en cada país, no permitirán esperar precios homogéneos. En consecuencia, políticas similares constituirían un despropósito. ¿Lograremos con el tiempo tal aproximación que permita la Unidad política?

Que esto se cuestione en una Nación escindida en Comunidades Autónomas; es decir, que ha renunciado a un Gobierno unitario, parece inconsecuencia. Estamos, por una parte, en lucha contra la uniformidad y el centralismo; por otra, queremos una unidad de mayores dimensiones para que una sola fórmula de gobierno alcance a todo el subcontinente. ¿Qué tendencia prevalecerá? ¿Renunciará cada Estado a decidir en sus asuntos? ¿La competencia por el poder político se hará extensiva a toda Europa?

Con el tiempo, una veintena de países hará del euro su moneda. No tendrán otra; pero, al revés que en todos los sistemas de medición, los resultados que se obtengan no serán uniformes, por que el nivel de precios es un resultado político. Con políticas diferentes, necesariamente diferirán.

Si a un partiendo de la unidad política, pequeños cambios circunstanciales van causando diversidad, ¿qué podrá esperarse cuando se parte de diferencias profundas? No hay que olvidar que Europa logró ya, bajo la hegemonía romana, unidad política, con un idioma único: el latín, para disolverse después en múltiples nacionalidades e idiomas. ¿Podremos hoy, desandando el camino, volverlo del revés, cuando las diferencias son tantas? ¿Eurocredulidad o euroscepticismo?

Decía Spengler que los Estados Unidos de Europa podrían “realizarse en el siglo XXI por el esfuerzo de un hombre práctico, de estilo Cesáreo, como organismo económico”.

La semilla está plantada. Pero ¿germinará? El peligro para la Unidad Europea vendrá de la lucha por el poder, del afán por expandirlo y librarlo de trabas, de la excesiva planificación, de los abusos del caciquismo y de la burocracia. Si el nuevo Derecho Europeo es capaz de superar estas mezquindades, los pueblos le prestarán su sincera adhesión y Europa será una realidad viva, no

una Utopía más.

(*) *Catedrático de
Epistemología*